

Resistencia es nombre de mujer

Historias de lideresas de Suárez,
Buenos Aires, Santander y Caloto

Cartilla 1 de 2



Resistencia es nombre de mujer
Historias de lideresas de Suárez, Buenos Aires, Santander y Caloto

Autoras: María Camila Franco Salazar, Dielina Isabel Palomino Castaño, Diana Sofía Falla, Claudia Dávila Santacruz, María Fernanda Delgado, Fanny Andrea Guerrero Aponte, Martha Lucía Flor Dagua.

Coautoras: Bertha Rivera, Driana González Alarcón, Francia Elena Muñoz, Jineth Meivis Casso Piamba, María Elisa Gonzáles, Mariluz Rodríguez Dussán, Martha Lucía Castro Quiñonez, Miosoris Castillo Burgos, Nelly Pavi Trochez, Sandra Mancilla Caicedo, Sonia Virginia Gregory, Yineth Balanta Mina.

Cali / Universidad Icesi, 2023
45 páginas, 123 cm x 123 cm
ISBN 978-628-7630-01-7 (PDF)

© Universidad Icesi
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Primera edición, 2023.

Rector: Esteban Piedrahita Uribe

Secretaria General: Maria Cristina Navia Klemperer

Director Académico: José Hernando Bahamón Lozano

Decano Facultad de Derechos y Ciencias Sociales: Jerónimo Botero Marino

Coordinador Editorial: Adolfo A. Abadía

Revisión de estilo: Isabel Giraldo Quijano

Diseño y Diagramación: Paola Andrea Quijano Fuenmayor

Fotografías: Sandra Marcela Moreno, María Camila Ordoñez y Laura Isabel Vargas.



Atribución CC BY

Editorial Universidad Icesi
Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali - Colombia
Teléfono: +57 (2) 555 2334
E-mail: editorial@icesi.edu.co
<http://www.icesi.edu.co/editorial>
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Estas historias se construyeron en el marco del proyecto Empoderamiento social y económico de mujeres emprendedoras y empresarias en el Norte del Cauca, ejecutado entre 2021 y 2023 por la Universidad Icesi, en convenio con el Ministerio de Ciencia y Tecnología, Gases de Occidente y su Fundación Promigas, la Fundación para el Empoderamiento de la Mujer Empoderarte y la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca (ACONC). La publicación completa está dividida en dos volúmenes, que agrupan las historias en función de los municipios donde habitan las lideresas.

En el primero están las historias de las lideresas de Suárez, Buenos Aires, Santander y Caloto. En el segundo volumen las de Puerto Tejada, Miranda, Corinto, Guachené, Jambaló y Caldonó. Las historias se escribieron entre 2021 y 2022.

ISBN: 978-628-7630-01-7

Autoras

María Camila Franco Salazar, Dielina Isabel Palomino Castaño, Diana Sofía Falla, Claudia Dávila Santacruz, María Fernanda Delgado, Fanny Andrea Guerrero Aponte, Martha Lucía Flor Dagua.

Coautoras

Bertha Rivera, Driana González Alarcón, Francia Elena Muñoz, Jineth Meivis Casso Piamba, María Elisa Gonzáles Carabalí, Mariluz Rodríguez Dussán, Martha Lucía Castro Quiñonez, Miosoris Castillo Burgos, Nelly Pavi Trochez, Sandra Mancilla Caicedo, Sonia Virginia Gregory, Yineth Balanta Mina.

Revisión de estilo

Isabel Giraldo Quijano.

Diseño y diagramación

Paola Andrea Quijano Fuenmayor.

Fotografías

Sandra Marcela Moreno, María Camila Ordoñez y Laura Isabel Vargas.

Publicada en su versión digital en diciembre de 2022.



Contenido

1

“Yo soy un eslabón de la cadena y la cadena no se rompe aquí”

Yineth Balanta Mina

7

“Las mujeres siempre estamos allí, siempre hemos estado y siempre vamos a estar”

Driana Patricia González Alarcón

13

Una mujer que quiere resignificar el privilegio para caminar en juntanza hacia la equidad de la vida.

Dielina Isabel Palomino Castaño

19

Martha, su amor por la vida y la defensa del territorio.

Martha Lucía Castro Quiñonez

24

El patriarcado se va a caer.

Martha Lucía Flor Dagua

30

Mary, una mujer que brilla con luz propia.

Mariluz Rodríguez Dussán

35

Mil vidas consagradas a la comunidad, a la sombra de un liderazgo poco reconocido.

Nelly Pavi Trochez

“Yo soy un eslabón de la cadena y la cadena no se rompe aquí”

Esta es la historia de Yineth Balanta Mina,
escrita por Claudia Dávila Santacruz.

Suárez

Yineth Balanta Mina es una mujer que se autoreconoce como afrodescendiente, nacida el 26 de agosto de 1989. Ella creció y ha vivido en la vereda Yolombó, que hace parte del Consejo Comunitario de La Toma, municipio de Suárez, en las montañas del Cauca, suroccidente colombiano.

Yineth ha pasado su vida en un territorio afectado por el conflicto armado, el racismo estructural y las políticas de muerte que se implementan en nombre del desarrollo.



“Al territorio han llegado megaproyectos inconsultos que nos han sometido a condiciones de miseria y empobrecimiento, a la destrucción del medio ambiente, al desconocimiento de nuestra identidad cultural como pueblos afrodescendientes y al despojo de los territorios ancestrales comprados con trabajo en las minas y haciendas esclavistas, después de la ‘abolición’ legal de la esclavitud”.





Pese a estas situaciones, es una mujer luchadora y feliz, respaldada por una gran familia. Es madre de mellizos, un niño y una niña de diez años. Su madre se llama Adriana Mina López y su padre Azael Balanta Marroquín, los dos son docentes. Tanto la familia Balanta como la familia Mina se han caracterizado por su liderazgo y por empujar a la comunidad hacia los procesos de resistencia.

Estudió la primaria en la institución Santa Rosa de Lima, en la vereda de Yolombó. El bachillerato lo cursó en otra institución educativa, también ubicada en el municipio de Suárez, y lo terminó en 2006. Luego cursó un Secretariado Contable con Sistemas, en el Instituto Cafor en Cali, del que se graduó en 2009. Yineth trabajó en Bienestar Familiar en el programa Generaciones con Bienestar, dirigido a niños niñas, jóvenes y adolescentes en Suárez. Allí nació su amor por el estudio y la docencia.

El 20 de diciembre de 2010 nacieron sus hijos, motivo por el cual su vida social y liderazgo quedaron un poco de lado. Afirma que aunque tuvo mucha ayuda, fue una etapa difícil de su vida. Sin embargo, el territorio y su comunidad son de mucha importancia para ella por ser su espacio de vida y el lugar para recrear su cultura. Ese amor la llevó a retomar sus labores en favor de su comunidad.

Ha participado en procesos de lucha y resistencia para defender su territorio de quienes solo lo ven como una oportunidad para generar riqueza acumulativa.

“Para los mayores de la comunidad, el territorio es la dignidad y la dignidad no tiene precio. Desde pequeños nos enseñan que hay que defenderlo como parte de la vida, incluso poniendo en riesgo, a veces, nuestra propia vida”.

Yineth narra que uno de los procesos de resistencia más significativos de su vida se dio cuando llegaron a su territorio retroexcavadoras para implementar minería ilegal en el río Ovejas, desconociendo la importancia que tiene el río para el territorio. La minería ilegal se negaba a detener su dañino proceso extractivista y los funcionarios públicos que debían defender el territorio actuaron con corrupción, motivos que propiciaron que las mujeres se organizaran para participar en la Movilización de Mujeres Negras por el Cuidado de la Vida y los Territorios Ancestrales, en 2014. Esta movilización estuvo encabezada por la Asociación de Mujeres de la vereda Yolombó (ASOMAFROYO), a la cual pertenece Yineth. La marcha salió desde Yolombó, caminando más de trescientos kilómetros hasta Bogotá, donde se tomaron pacíficamente el edificio La Giralda, declarándose en asamblea permanente.

Recalca que una de las participantes que lideró este proceso fue su prima, Francia Márquez, originaria también de Yolombó, quien en abril de 2018 recibió el premio Goldman de Medio Ambiente, reconocido como una especie de Premio Nobel ambiental, el mismo que recibió Bertha Cáceres en Honduras por oponerse a la gran minería, pero lamentablemente Bertha fue asesinada.

“Este premio ha sido muy importante para las comunidades afrocolombianas, indígenas y campesinas que resisten al despojo territorial y al modelo económico de muerte. Ha inspirado a las y los jóvenes en Colombia para luchar por cuidar el medio ambiente, a las mujeres para usar su amor maternal y su instinto del cuidado para, desde la juntanza, cuidar la casa grande”.

La lideresa cuenta que después de un diálogo para llegar a acuerdos, retornaron al territorio en diciembre y muchas mujeres quedaron con daños psicológicos. Hubo mucho miedo porque durante la marcha las llamaban a decirles que los mineros las estaban esperando para matarlas. Muchas llegaron y se encerraron en sus casas. Esa navidad estuvo marcada por el temor y encierro de las mujeres para proteger sus vidas, lo que recuerda como una situación muy fuerte.

“Esta acción aumentó el riesgo para nosotras, pues a pesar que logramos frenar la minería ilegal e inconstitucional, empezamos a recibir mayores amenazas de muerte y persecuciones a las mujeres de la comunidad, muchas con grandes afectaciones, incluyendo psicológicas y mentales. El gobierno uribista, que ganó las elecciones presidenciales, desde su campaña planteó hacer trizas el proceso de paz. Esto se ha traducido en el asesinato sistemático de líderes sociales y de exguerrilleros de la Farc.

Quienes hemos estado defendiendo el territorio, el medio ambiente y la paz, constantemente estamos recibiendo amenazas de muerte contra nuestras vidas y las de nuestras familias por parte de grupos paramilitares”.

Expone que cuando salieron del territorio en la movilización, les hicieron una despedida con velas y sentían que las estaban despidiendo como para no volver. También fue muy fuerte porque en algunos territorios donde llegaron había procesos de resistencia a la minería, pero aun así no eran bien recibidas y las trataban mal, ella tenía mucho miedo. Para ella y las otras mujeres, la movilización fue un reto y una situación bonita que las empoderó y las fortaleció. Ella se caracterizaba por ser tímida, pero en ese suceso había tareas de comunicación y entrevistas en noticieros, por lo que todas esas experiencias retadoras la lanzaron a ser la mujer que es hoy: una mujer empoderada y que participa en los procesos sociales del municipio.

A pesar de todo esto, después de la movilización las redes y procesos de lucha se fortalecieron. En una ocasión se estaba haciendo una reunión de la comunidad y se informó que en el río seguían desarrollando minería ilegal, ante lo cual la comunidad reaccionó e incautaron una retroexcavadora. Por supuesto, la comunidad corría cada vez más peligro por su proceso de resistencia. Sin embargo, la lucha era firme, pues se trataba de defender su territorio y el río Ovejas, que es considerado como padre y madre de la comunidad. Por esto, fue muy gratificante lograr que en ese momento salieran las retroexcavadoras.

“Muchos de los acuerdos que se hicieron con la movilización, hasta el momento no se han cumplido, pero quedamos con la satisfacción de que al menos el río ya había quedado libre de esa maquinaria amarilla”.

Otra ganancia de dicha movilización fue que representó un inicio en la participación de muchas mujeres, incluyéndola, pues a partir de ese momento se empezó a hacer un trabajo fuerte en el territorio con las mujeres y las organizaciones. Por otro lado, destaca que antes de la movilización, otras mujeres que no participaban en los procesos las llamaban “las desocupadas” por su presencia en todas las reuniones, pero después de la movilización de mujeres se empezó a hacer capacitación, empoderamiento, cuidado de la vida, de su mismo cuerpo como territorio, entonces muchas mujeres se enamoraron del proceso.

“Se trata de seguir enamorando a esas mujeres porque la paz empieza desde la casa y una mujer empoderada, que conoce sus derechos desde la casa, va poniendo pautas y va moldeando las relaciones de género, porque muchas veces los hombres tienden a pensar que las mujeres son para la casa y el hombre para el trabajo. Se han ido cambiando esas percepciones culturales para que las mujeres puedan trabajar, estudiar y combatir situaciones de violencia”.

Yineth pertenece a dos organizaciones: la Asociación de Mujeres de la vereda Yolombó (ASOMAFROYO) y la Asociación Agroindustrial de Productores y Mineros Afrodescendientes de Yolombó Gelima (ASOYOGÉ). Entre estas dos organizaciones se ha hecho un trabajo de alianza para el proceso de transformación de plátano, piña, guayaba, mango y caña panelera con la planta transformadora y el trapiche que tienen en el centro agroindustrial.

La asociación agroindustrial se encarga del sembrado, cultivo y transformación del plátano, que se convierte en productos que venden, como harina y snacks, entre otros. Esta organización trabaja en conjunto con ASOMAFROYO, pues esta empresa ha sido creada para que las mujeres no tengan que salir del territorio, por lo que las mujeres de la Asociación son las que trabajan en los procesos de transformación. Estas iniciativas han aportado a la unión familiar y a la cohesión social, posibilitando que las mujeres, que son la cabeza principal del hogar, ya no tuvieran que salir del territorio para ir a trabajar a casas en las ciudades principales, dejando a sus hijos solos.

Después de todas estas experiencias y para seguir reforzando su liderazgo, en 2016 Yineth empezó a estudiar una licenciatura en Pedagogía Infantil, que culminó en 2021. Siente que se ha superado personalmente, está criando a sus hijos, está en procesos sociales y es presidenta de la Junta de Acción Comunal de Yolombó desde 2016. También es la tesorera de la asociación de productores, donde se encarga de procesos contables, así como de realizar los pagos a las mujeres que trabajan en la planta procesadora y a los proveedores de materia prima.

La historia de Yineth es ejemplar. En su territorio ha tenido incidencia en lo social, en el empoderamiento de las mujeres y en su participación en la economía del territorio. Considera que debe continuar apoyando a la comunidad, al proceso de resistencia y al resto de su familia. Todos los días lucha para que en un futuro la situación de inequidad y desigualdad termine, para que el racismo, el patriarcado y sobre todo la política de la muerte se transforme en una política que cuide la vida, que respete el medio ambiente y la Casa Grande. Su lucha también busca que el Estado respalde a los defensores ambientales y que, en ese sentido, se comprometa con el Acuerdo de Escazú. Anhela que se garanticen los derechos étnico-territoriales, las órdenes que la Corte Constitucional ha emitido, la Ley de Víctimas y el Decreto Ley 4635 para el caso de la población afrodescendiente.

“Mi mensaje para otras mujeres es que nosotras podemos. Independiente de la situación económica, podemos salir adelante. Tener hijos no es un obstáculo para poder participar en procesos sociales, de liderazgo y política. Un ejemplo es mi prima Francia Márquez, que es una mujer que ha podido salir adelante a pesar de todo lo que le ha pasado, que no ha sido fácil pero tampoco imposible.

Animo a las mujeres a que salgan adelante, a que no les de miedo, que para eso estamos las otras mujeres, para hacer y formar una cadena. Como siempre decimos en el territorio: yo soy un eslabón de la cadena y la cadena no se rompe aquí”.



“Las mujeres siempre estamos allí, siempre hemos estado y siempre vamos a estar”

Esta es la historia de **Driana Patricia González Alarcón**,
escrita por **Claudia Dávila Santacruz**.

Buenos Aires

Driana es una mujer de 45 años, afrodescendiente, oriunda de la vereda La Ventura, ubicada en el corregimiento de Timba, en inmediaciones del municipio de Buenos Aires, al norte del departamento del Cauca. En este lugar, lleno de personas amables, una cultura rica y apegada a sus tradiciones, suelos fértiles en vegetación y minerales, y bañada por el siempre hermoso río Timba, transcurrieron varias de sus experiencias más hermosas, pero también sus vivencias más cruentas y desgarradoras.

Driana proviene de una familia típica de su región, numerosa, con nueve hermanos y hermanas, con un padre minero y una madre cuidadora y agricultora, una mujer imparable como su hija.

Desde muy niña Driana supo que, debido a que los recursos económicos de su familia eran limitados, sus estudios llegarían hasta donde ella decidiera luchar por llevarlos. Fue así como desde pequeña trabajó como empleada doméstica durante sus vacaciones para poder invertir lo ganado en estudiar.



A pesar de sus carencias económicas, su vida era muy feliz. Incluso en su comunidad decían “lo tenemos todo”, porque al tener el río Timba cerca no les faltaba el agua. Era un territorio muy sano donde podían jugar, recibir aire puro, los animales se criaban sin corrales y los niños eran felices corriendo tras ellos en tiempo de lluvia.

Esta imagen, que describía una suerte de “paraíso terrenal”, se transformó profundamente en el año 2000 cuando la maldad llegó a su pueblo, cuando el sonido de las botas negras y fusiles fríos de los paramilitares pisaron la orilla de su río y masacraron a sus vecinos. La vida de Driana y su familia cambió del cielo al infierno, en sus propias palabras “eso partió la historia de nuestras vidas en dos”.

Antes de que eso sucediera, Driana recuerda cómo eran las costumbres de su territorio. En las tardes llegaban los trabajadores de la mina de carbón, entre ellos su papá, las mujeres terminaban sus labores del hogar y se ubicaban en el lugar donde siempre conversaban, que era el corredor, un sitio muy cercano a la cocina, y ahí compartían las historias de los ancestros y conocían el árbol genealógico. Se celebraban fiestas tradicionales, fiestas de adoración en diciembre, la fiesta de la Virgen del Carmen, la semana santa, la tradición de hacerle la novena a los difuntos. Todo eso se perdió con la llegada de los paramilitares.

También tenían la costumbre de reunirse en la vereda para discutir los temas de la comunidad, las necesidades, priorizar y presentar propuestas a los gobiernos de turno a través de las Juntas de Acción Comunal, pero todo se desarticuló, hubo una ruptura del tejido social y familiar. No se podía salir de la casa a partir de las cinco de la tarde, ya no se podía jugar fútbol ni hacer actividades de juntanza. Hubo muchos asesinatos de personas de la región y eso causó miedo y zozobra.

Pero lo peor estaba por llegar, pues en la navidad del año 2000 los paramilitares les obligaron a abandonar el territorio por orden de uno de los comandantes. Debieron dejarlo todo, mucha gente se enfermó, no solo física sino también psicológicamente, la economía se afectó por la liquidación de la empresa que sostenía la región, que no logró sostenerse ante las exigencias del grupo armado. Nada volvería a ser igual y hasta hoy son muchas las personas que no han podido regresar al territorio.

“Cuando llegaron los paramilitares al territorio, las más afectadas fueron las mujeres, porque incluso en el horario en que ellos llegaron al territorio encontraron puras mujeres, porque los hombres estaban haciendo sus labores. Las mujeres hemos sido las más afectadas y las que más le hemos aportado al proceso de construcción de paz, porque siempre estamos allí, siempre hemos estado y siempre vamos a estar. Nosotras como mujeres, como comunidades negras, como Consejo Comunitario, como Renacer Siglo XXI, le apostamos al proceso de paz, incluso tuvimos un delegado que estuvo llevando la voz de las organizaciones y de las mujeres negras. En el año 2016 se escogió a Buenos Aires como municipio priorizado para los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) y las primeras que salieron a nutrir ese documento fueron las mujeres. Primero, porque fueron las más afectadas por el conflicto; segundo, porque siempre han estado; tercero, porque son las que permanecen; y cuarto, porque son las que paren la vida”.

Algunos años después de lo sucedido en su territorio, Driana y un grupo de amigos decidieron juntarse para crear una organización que respondiera a las necesidades de la comunidad frente al conflicto armado, y es así como en marzo de 2007 nace la organización Renacer Siglo XXI. Esta organización dio la pelea para que la unidad competente reconociera a las víctimas del conflicto armado de la comunidad, y desde ahí se gestaron varias jornadas con la institucionalidad para que las personas acudieran a realizar sus declaraciones.

Desde la nueva organización empezaron a llevar la voz de las víctimas a diferentes territorios, reivindicando sus derechos a través de movilizaciones y diversas acciones. Fue una experiencia que Driana recuerda como muy bonita porque en algunos sectores fue escuchada su voz. Entre 2006 y 2008 trabajó en la administración municipal y de la mano del alcalde del momento ayudó a fortalecer varias iniciativas en favor de la comunidad.

En el año 2009 falleció su progenitora y ese fue un momento muy doloroso. El duelo aún permanece en ella y en su familia. Pese a haber tenido una pareja machista y maltratadora, siempre pensó que iba a tener su apoyo en ese momento de dolor, aun así, cuatro meses después su compañero sentimental decidió abandonarla con su hijo de siete meses de nacido. Estos hechos le impidieron tener la lucidez suficiente para avanzar en su liderazgo, por lo que decidió posponer su proyecto.

En el año 2011 algo cambió. En los encuentros con la comunidad le proponían que se postulara a la política, lo que significó una motivación importante para ella.

“Los partidos solo sirven para joderle la vida a uno, porque no se preocupan por capacitar ni formar a los candidatos, solo dan el aval y luego ‘defiéndase como pueda’, pero que se haga lo que ellos digan”.

Tuvo que aguantar muchos desacuerdos, hasta que llegó un punto en que dijo que no había ido a hacer lo que los demás querían, sino a hacer un trabajo de control político, a ser el puente con la comunidad y seguiría en esa tónica. Eso marcó un referente y muchos pusieron los ojos en ella, más aún cuando en las contiendas electorales había obtenido excelentes resultados, y eso había marcado un derrotero. Sus resultados habían sido el reflejo de su trabajo por la comunidad.

Teniendo en cuenta esa experiencia, Driana sabía que tenía que capacitarse para poder afrontar las violencias políticas, y fue así como obtuvo el título de tecnóloga en Gestión Ambiental en diciembre de 2013; sabía que no podía desaprovechar ni un segundo para formarse, de tal manera que le permitiera avanzar en su proyecto de vida.

“Uno a veces no se la cree porque históricamente esos espacios han estado ocupados por hombres, entonces uno ve como lejos la posibilidad de llegar a esos escenarios, más aún cuando uno ha nacido en un país patriarcal, ha crecido en una familia donde los estereotipos siempre han estado allí. Entonces a uno le da miedo enfrentarse a eso”.





En una ocasión la comunidad acudió a ella por una amenaza del represamiento del río Timba, le dijeron que había llegado una gente con binoculares, drones, aparatos de medición y radioteléfonos, hecho que les había puesto muy nerviosos, pues no era algo usual en su territorio. Entonces se fueron varios de sus compañeros y compañeras, se concentraron en La Peña, se declararon en asamblea permanente hasta que llegara el gobierno y explicara qué querían hacer en el territorio y por qué estaban pasando por encima de los usos y costumbres de las comunidades negras, indígenas y campesinas, a pesar de las normativas que las amparaban y obligaban al Estado a hacer consulta previa, libre e informada. En ese momento se organizaron como Consejo Comunitario y continuaron la resistencia en el territorio, logrando sacar a los gestores del proyecto e impidiendo la ejecución de la obra.

Esto aportó a que Driana se empoderara, que conociera más del tema administrativo e institucional, de cara a fortalecer las acciones en el territorio. Fue así como lograron la resolución que los reconoció como Consejo Comunitario Cuenca Río Timba Marilópez. Este hecho marcó a la comunidad, demostrando que el territorio no estaba solo, que había un colectivo resistiendo y defendiendo la vida y su riqueza.

Luego de esto, Driana se lanzó de nuevo al Concejo, para el periodo 2016-2019. Efectivamente logró la curul, obteniendo la mayor votación entre los aspirantes, por lo que las esferas políticas del territorio la empezaron a reconocer con otros ojos y a partir de ahí también se tuvo muy en cuenta al Consejo Comunitario, que se hizo visible desde las discusiones que se generaban al interior del Concejo Municipal. Lideró procesos de resistencia contra los atropellos de la Compañía Energética de Occidente y proyectos de inclusión a la educación superior a través de los diferentes fondos que ofrece el gobierno (comunidades negras, víctimas, Icetex), lo que hizo que los procesos se fortalecieran y que ella continuara su empoderamiento como mujer negra.

Para el año 2017 obtuvo el título como licenciada en Educación con mucho esfuerzo, pero sabía que ese era el momento de capacitarse, ya que los honorarios recibidos por el ejercicio del Concejo eran limitados y difícilmente habría otra posibilidad para capacitarse profesionalmente.

Fue la presidenta del Concejo Municipal de Buenos Aires en el año 2018. Para ese periodo solo había dos mujeres en el Concejo y los hombres no estaban acostumbrados a la participación femenina. Ella fue la segunda mujer presidenta del Concejo en la historia del municipio y fue muy difícil, pues muchos hombres decían que ella era muy autoritaria, que era “mandona y gritona”, a lo cual ella respondía, “¿por qué a los hombres no se les dice nada, pero cuando llega una mujer eso sí se mira?”.

Recuerda que se apoyó en Dios y en sus conocimientos para desempeñar un papel muy comprometido desde su rol, demostrándole a los hombres que no solo ellos tienen el derecho de ejercer cargos directivos en el Concejo Municipal y aportando a transformar esos estereotipos que han hecho tanto daño y que han omitido que “somos las mujeres quienes parimos la vida y que ellos tienen una deuda histórica con nosotras”.

Fue cofundadora del Colectivo de Mujeres Trascendiendo por la Paz, que nació en el municipio de Buenos Aires, a raíz de las violencias basadas en género, los feminicidios y en particular el feminicidio de una compañera, Jessica Jiménez, en territorio de Mazamorrero, municipio de Buenos Aires. En ese momento pensó que había que hacer algo en favor de las mujeres y ofreció las instalaciones del Concejo Municipal para iniciar acciones que propendieran por el bienestar de la mujer bonaerense. También participó en la construcción de la política pública de la mujer de dicha municipalidad y sigue trabajando por la erradicación de las violencias en su territorio, en el departamento y en el país.

En el año 2020 estuvo vinculada a la Secretaría de la Gobernación, desde donde apoyó el Proyecto Prevención de Violencia. Durante 2021 apoyó la ejecución del proyecto “Transversalidad del Enfoque de Género” en el departamento del Cauca. También apoyó la elección del Consejo Consultivo de Mujeres y la construcción del capítulo étnico en el marco de las políticas por la dignidad de las mujeres en el departamento. Actualmente participa de manera activa en la priorización de las iniciativas de las mujeres en el marco del Plan de Garantías para Lideresas y Defensoras de Derechos Humanos (PIG), liderado por organizaciones de mujeres del norte del departamento del Cauca ante el Ministerio del Interior. Además, está pendiente de participar de los diálogos vinculantes según el PND.

Hay muchas personas que la apoyan para hacer parte de un proceso político electoral que le permita ser la alcaldesa de Buenos Aires, propuesta que tiene en remojo para un futuro no muy lejano. Se siente feliz porque le ha gustado estar con la gente, sabe que se debe a las comunidades, y más en el tema de género y mujer. Su misión es motivar a las mujeres para que avancen en sus sueños.

Está convencida de que las mujeres deben estar en el mundo de la política para poder generar los cambios estructurales que necesita el país y poder garantizar una vida digna para las mujeres y para las clases menos favorecidas.

En la actualidad es docente de una escuela unitaria del municipio de Buenos Aires, avalada por el Consejo Comunitario Cuenca del Río Cauca y Microcuenca de los Ríos Teta y Mazamorrero, feliz porque piensa que desde la educación seguirá su apuesta en la construcción de paz y del mundo que queremos.

**“Nosotras estamos para grandes cosas,
lo que nos falta es tomar la decisión”.**

Una mujer que quiere resignificar el privilegio para caminar en juntanza hacia la equidad de la vida

Esta es la historia de Dielina Isabel Palomino Castaño,
escrita por Claudia Dávila Santacruz.

Santander de Quilichao

Reconocer los privilegios que facilitan avanzar en el camino de vida, permite a las personas activar procesos de deconstrucción individual que impactan su realidad y la realidad de quienes se encuentran en su entorno inmediato. Dielina Isabel como mujer mestiza no ha tenido que experimentar exclusión por su color de piel, pero reconoce la discriminación que padecen muchas de sus amigas, que han sido racializadas o exotizadas. Ella es amiguera. Pertenecer a una familia extensa le ha facilitado compartir cariños, y esto le abrió las puertas para relacionarse desde los afectos con otras personas, especialmente con mujeres que comparten el interés por habitar un mundo en equidad.



Tener la posibilidad de educarse es un derecho, pero los estudios superiores se vuelven un reto en la vida de muchas mujeres, y para algunas también es un privilegio. Dielina pudo culminar una carrera profesional. Contó con la suerte de tener una madre cabeza de familia en la que vio desde niña un referente. Su mamá trabajaba como auxiliar de enfermería en una época donde la mayoría de las mujeres eran amas de casa, así que el ejemplo que observó de ella era el de una mujer autónoma. Esto le llevó a pensar que todas las mujeres, como su mamá, tenían el poder de autodeterminación, pero poco a poco y a medida que observaba la vida de otras mujeres dedicadas de manera exclusiva a los cuidados del hogar, entendió que tener esa madre fuerte e independiente también fue un privilegio. Ella le mostró la capacidad de trabajo de las mujeres y la fuerza transformadora que se genera con la continuidad de la labor y la generosidad de compartir los frutos en familia. Por otro lado, la experiencia de crecer con un padre distante, que no vivía en el hogar, le generó libertades, pero también le permitió compartir diálogos espontáneos y profundos con él, que le dieron herramientas para fortalecer habilidades efectivas de comprensión y comunicación.

Dielina considera que la familia donde se nace promueve una actitud básica hacia el futuro. Tener una familia en sí es un regalo, y después si se tiene la oportunidad de experimentar una vida académica y profesional, se fortalecen las oportunidades para una buena experiencia de la vida. Dielina también contó con estos privilegios.

Su hija mayor, Manuela, nació. En ese momento ella trabajaba como analista de sistemas en Nexus Software, una empresa caleña dedicada al desarrollo de sistemas. Todos los días salía de su casa en Santander de Quilichao a las siete de la mañana y regresaba a las nueve de la noche, por lo que no tenía mucho tiempo para compartir con su hija. Esta situación la marcó, pues se cuestionaba el no poder pasar tiempo con su hija por estar trabajando tan lejos de casa, la confrontaba el hecho de una maternidad ausente. En ese momento tuvo la suerte de conocer el feminismo y enamorarse de él, lo que la animó a formarse en temas relacionados con los derechos de las mujeres, leer un poco, investigar y dialogar con mujeres con las mismas inquietudes.

Cuando su hija cumplió seis años, decidió que necesitaba tener más tiempo, aunque esto tendría un costo económico. A partir de ese momento cambió su forma de trabajo en Nexus Software, y pasó de laborar tiempo completo a trabajar como freelance. Además, en un ejercicio de emprendimiento inició junto a su hermano un pequeño negocio que no tenía mucha pinta de prosperar, pero era una experiencia de autonomía, al fin y al cabo. En ese momento tuvo más tiempo para asistir a círculos de mujeres y formarse desde la experiencia y el diálogo con las otras.

“Cuestionarme sobre lo que significa ser mujer, me hizo prepararme y conocer las posturas políticas del Feminismo”.

Fue así como empezó a habitar los espacios de activismo feminista, a tener diálogos críticos con otras compañeras, como Yasnaia Cuellar, Martha Flor, Ruth Maya y otras mujeres maravillosas; tener esas amistades también fue un privilegio. De esos diálogos surgieron pensamientos que fueron afinando su visión sobre la construcción de la equidad en la vida de las mujeres y la necesidad de apropiarse de espacios de participación en la vida comunitaria, porque ella considera que la comunidad día a día tiene la capacidad de transformar realidades.

Con el tiempo empezó a tomar mayores responsabilidades en el trabajo organizativo con las mujeres, y esto se afianzó cuando nació su segunda hija, Marian. Tener a sus dos hijas mujeres la llenó de motivos para luchar por ellas, así que con un grupo de compañeras decidió formalizar un espacio colectivo para generar una cultura de transformación para las mujeres: Fundación para el Empoderamiento de las Mujeres (Empoderarte). Para ella, dedicarse a hacer lo que se ama es el mayor privilegio.



“La organización de mujeres que me habita es Empoderarte. En 2010 es co-creada como un acto conspirativo de mujeres quilichagüeñas unidas por la amistad y una enorme intención de reencuentro con nuestro propio poder femenino a partir del arte, la escucha y la sororidad. Esto sembró en nosotras la posibilidad de experimentar una forma particular de alquimia de lo femenino.

A partir de ahí transitamos un camino de exploración del empoderamiento y visibilización de nuestros derechos como mujeres.

La pasión que genera el despertar estos sentimientos firmes de incidencia permitió contagiar a otras mujeres que se acercaron al espacio en busca de una estación de empatía, en clave de sanación y resiliencia. Continuamos arte-sanando la vida, aceptando dosis de saberes y experiencias compartidas generosamente por otras mujeres que han enriquecido nuestra visión, nuestra intención y nuestras acciones. Hoy Empoderarte se piensa como una organización de mujeres que se reconocen en un propósito de equidad, resiliencia y autogestión, para el goce real de una vida libre de violencias, en líneas de acción que consideran el empoderamiento personal de la mujer como catalizador hacia el bienestar común colaborativo.

Es por esto que estamos respondiendo a retos de cooperación, tanto en la individualidad como en la comunidad, que nos identifican con espacios de incidencia local, como Mujeres Diversas; con espacios regionales, como la Red de Mujeres Políticas en Expansión Mujeres a la Par; y con espacios nacionales, como Nosotras Ahora. También hay otras juntanzas que nos hermanan, como Artemisas. Poder compartir otras miradas e ideales nos llena de optimismo y nos impulsa a mejorar cada día.

La resistencia tiene muchas aristas, sacar la fuerza desde la individualidad es denso, y mucho más en contextos que ahogan, pero ante las incoherencias de la realidad de violencia estructural que ha condicionado la vida en el territorio nortecaucano, la resistencia es una acción cargada de validez”.



Desde la organización social Fundación Empoderarte, hace ya más de doce años que ella y sus compañeras han venido trabajando en fortalecer la erradicación de las violencias contra las mujeres. Uno de los pilares de su discurso son los efectos que la violencia armada ha tenido sobre los cuerpos de las mujeres y cómo la comprensión de los mismos debe llevar a la organización social, generando resistencia ante una cultura que invisibiliza los abusos contra las mujeres en lo que ella nombra como “un sistema patriarcal que no reconoce la vida y dignidad de las mujeres”.

Dielina considera que las mujeres podemos abrir esas puertas que nos avisan de oportunidades. A veces nos toma un tiempo decidir, pero la vida misma nos da la llave para avanzar, por eso ella se motivó para ser nuevamente una aprendiz a los 49 años, se postuló para una beca de estudios de posgrado y la Universidad Icesi se la otorgó. Es así como en la actualidad cursa la Maestría en Estudios Políticos y Sociales, en modalidad de investigación. Como otro regalo de la vida, Manuela, su hija, también inició la etapa de pregrado.

“La academia nos permite cualificarnos, reconocer y/o abordar las realidades de las mujeres cercanas a nuestros procesos, con el fin de llegar a la comprensión del fenómeno de violencia e inequidad. De esa manera, se posibilita articular las narrativas a acciones que justifiquen una participación política con enfoque de género en el Norte del Cauca”.

La labor comunitaria que realiza en el Norte del Cauca se acompaña de su participación como directora del equipo de edición del periódico feminista Mujeres a la Par. Este periódico es un instrumento de comunicación para abordar el tema de la transformación social hacia la paz.

“Desde nuestro periódico feminista Mujeres a la Par es mi labor comunicar a otras a través de la palabra escrita, compartir experiencias, saberes, verdades y realidades. También nos enriquece la sabiduría de la palabra compartida por otras en los círculos de reflexión y acción. Desde otras organizaciones y procesos feministas llegan sueños grandes que respeto y comparto con mujeres lejanas. Tengo convicción, la comunicación tiene el poder de la transformación, llegarán resultados positivos. Me alegra aportar a mujeres y a los colectivos feministas y agradezco ser parte de estos movimientos, voy a persistir. La inspiración alienta nuevos avances”.

Para ella es valioso adquirir herramientas que fortalezcan y potencien la palabra de las mujeres, pues genera un mayor impacto en esa transformación cultural que busca desde la Fundación Empoderarte. Por eso ha sido muy importante hacer parte de esta fundación y compilar los escritos y pensamientos de otras mujeres que participan en el periódico Mujeres a la Par. Generar impacto para la transformación cultural la inspira a mejorar todos los días de su vida.

A lo largo de sus reflexiones para este escrito, Dielina relató una serie de privilegios que le han regalado la posibilidad de avanzar con una visión de autodeterminación. Tener conciencia de estos privilegios, le ha permitido consolidar una misión de vida en la que acepta las responsabilidades sociales que tiene, que se resumen en apoyar a otras mujeres para reconocer su propio poder a partir del encuentro con sus autonomías emocionales, políticas, económicas, lúdicas, espirituales y sexuales.

“Sea cual sea la necesidad de libertad de la mujer, debemos crearnos la forma de generar esa libertad, debemos crear esa experiencia de autonomía y de esta manera accionar y movilizar la transformación hacia el bienestar colectivo”.

Actualmente es directora de la Fundación Empoderarte, donde tiene la responsabilidad de coordinar los proyectos con enfoque de género con el objetivo de generar juntanzas para el logro de la equidad de la vida. También participa como auxiliar de investigación en un proyecto con mujeres lideresas que adelanta la Universidad Icesi con el apoyo del Ministerio de Ciencia y Tecnología, que apunta a visibilizar y fortalecer las trayectorias de liderazgo de las mujeres en el Norte del Cauca, mujeres que como Dielina están librando luchas muy valiosas en esta compleja región del país. Todo ello concuerda muy bien con la perspectiva de Dielina respecto al trabajo social, con el que ella afirma sentirse plena.

Martha, su amor por la vida y la defensa del territorio

Esta es la historia de Martha Lucía Castro Quiñonez, escrita por Fanny Andrea Guerrero Aponte.

Santander de Quilichao

Martha nació en Puerto Tejada, Cauca, pero desde muy pequeña su familia se trasladó a vivir a Santander de Quilichao. Creció en un barrio periférico, en el seno de una familia humilde y llena de muchos valores y amor.

Siempre vio a su madre trabajar desde su casa, puesto que era la manera de poder cuidar a sus hijos y familia. Las mujeres de la época de su madre no demostraban el amor como lo hacen las madres de la actualidad, no había muchos besos, abrazos, te amo o te quiero, pero entendió que las madres de esa época no recibían esas demostraciones de amor y por eso era difícil que las dieran también.

Sin embargo Martha sabía que era amada, pues su madre los cuidaba y trabajaba por ellos. Para Martha la demostración más clara de amor era esa comida deliciosa que cocinaba su madre, verla coser sus vestidos y procurar su bienestar todos los días. Cuando creció, entre conversaciones con otras mujeres e investigando sobre la crianza que tuvieron, se dio cuenta de que les había tocado una crianza muy similar a la suya y comprendió que la esclavitud las marcó hasta el punto de crear en ellas una coraza difícil de romper.



Su padre, un hombre trabajador, muy jodido, chapado a la antigua, tenía una personalidad que por medio de dichos, refranes y el ejemplo le enseñó todo lo que debía aprender para la vida. Tiene muchos hermanos y de cada uno de ellos aprendió cosas diferentes y valiosas, y les guarda en su corazón un profundo amor, pues le han regalado momentos de mucha felicidad.

Con el pasar de los años, las costumbres cambiaron y esa crianza tan bonita que Martha tuvo se fue perdiendo. En muchos hogares se hablaba de la moda, de la calle, el baile, el consumo de sustancias y de licor, escaparse de las clases y no obedecer, en ese momento los niños querían vivir en la calle y tener el control de sus vidas. La conformación de la familia cambió y en muchas ya no había padre y madre, tantas cosas cambiaron, hasta se dejó de enseñar religión en los colegios y en lugar de jugar, bailar o hacer cosas productivas, los jóvenes estaban aprendiendo a delinquir. Con todo esto, Martha llegó a la conclusión de que era necesario enseñar lo que aprendió en su casa por medio del ejemplo de sus padres, y gracias a la ayuda de Dios, tuvo el privilegio de iniciar su proceso de liderazgo.

Empezó como capitana de un equipo de fútbol femenino, era muy buena jugando y eso la hacía feliz. El deporte unió a las personas y las alejó de las cosas que no aportaban nada positivo a sus vidas, como el consumo de alcohol y drogas. Por medio del deporte se unió al Plan de Intervenciones Colectivas (PIC), iniciativa que tuvo gran éxito, puesto que logró fomentar valores en varios jóvenes que requerían de apoyo institucional. Coordinó la Mesa de Jóvenes de Santander de Quilichao, en la cual se capacitó a cuarenta jóvenes en manejo del tiempo libre, proyecto de vida, sexualidad responsable y otras tantas cosas que aportaban a sus vidas. Teniendo en cuenta ese trabajo, decidió estudiar Atención en Preescolar, pues la mayor parte de su vida había trabajado con niños y jóvenes, y a pesar de que pensó que no era lo suyo, aprendió a amar su trabajo, entendiendo lo importante que es transformar la vida de los niños, niñas y jóvenes por medio de la educación.

La vida siguió su curso y se convirtió en madre. Lastimosamente las cosas no salieron como pensó y pasó a ser madre cabeza de hogar. Esos sueños de tener un bonito hogar se esfumaron y tuvo que ser padre y madre; esta fue una etapa difícil en su vida, pues era el único sostén de su hogar, así que tuvo que superar sus miedos, angustias, dolores y enfrentarse sola a la violencia institucional y a todas las violencias que deben vivir las mujeres cuando deciden decir no más.





Por medio de todo lo que tuvo que vivir, se dio cuenta de que todas las mujeres enfrentan algún tipo de violencia, aunque no siempre se dan cuenta, porque desde la institucionalidad se vive y camufla la violencia. Teniendo en cuenta que las mujeres son las responsables de los hijos, es muy difícil el trabajo de cuidado, puesto que las leyes parecen proteger a los padres, no se les delega la responsabilidad de cuidado y el sustento que dan económicamente es mínimo. A partir de lo que vivió como madre cabeza de hogar, decidió iniciar un proceso con madres en la misma situación que ella, educándolas para que aprendieran a identificar esas violencias silenciosas que tanto daño hacen a las mujeres.

Desde hace diez años ha venido liderando procesos con mujeres, con el único objetivo de que aprendan sobre sus derechos para que no permitan la vulneración de estos. Coordina el Palenque de Mujer de la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca (ACONC), palenque que desde hace seis años es una figura representativa que hace parte de la estructura organizativa. Su objetivo principal es diseñar e implementar programas y proyectos que mejoren las condiciones de vida de las mujeres, brindándoles las herramientas para defender sus derechos y los del territorio, además apalanca iniciativas que sumen a esto. También coordinó la Escuela de Formación Política para Mujeres Negras del Norte del Cauca de ACONC por dos años.

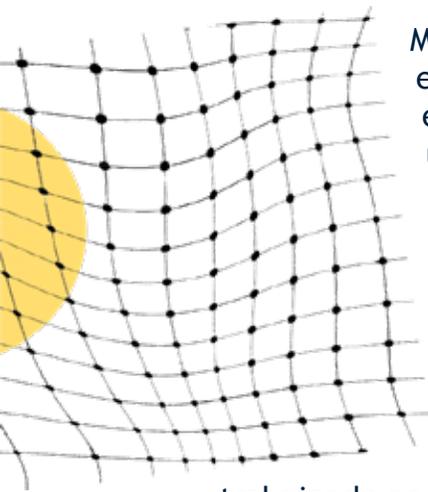
Martha ha sido una lideresa social y defensora de derechos humanos dentro de las comunidades afrodescendientes en el Norte del Cauca, un departamento afectado por el conflicto armado, el despojo de tierras, el gran incremento de los cultivos de uso ilícito, el desplazamiento forzado y problemas por el control territorial. Todas las problemáticas que tiene el Norte del Cauca le han permitido desempeñarse en distintos cargos de liderazgo, pero también ha sido objeto de amenazas por todo su trabajo. Algunas personas que le acompañaron en los procesos, desafortunadamente perdieron la vida en atentados, como parte de una persecución contra quienes trabajan por el territorio y la vida.

Como mujer negra ha tenido que enfrentar situaciones difíciles, pero ha asumido cada prueba como una oportunidad de superación que la hace cada vez más fuerte, más sabia y más inteligente, pues las mujeres poseen un potencial inagotable y un coraje que se evidencia en las luchas y en las adversidades, de eso es testiga y prueba viviente. Considera que Dios nunca las abandona.

En su trabajo como lideresa social se ha enfrentado a muchos obstáculos y desafíos con el sistema patriarcal, que incluso hace que las mujeres rivalicen entre sí y en muchos casos aprueben más las formas de actuar, de orientar, de gobernar y de representar de los hombres.

Pese a todo ello, ha sentido mucha satisfacción al trabajar con mujeres, escuchar sus historias de vida, las situaciones que les afectan, sus luchas y sus dolores. Cree que ha dejado una huella importante, capacidades instaladas y un gran semillero de mujeres lideresas en cada territorio del Norte del Cauca. Cada círculo de mujeres en espacios de sanación le deja lecciones aprendidas, motivación para seguir caminando, aprendiendo y desaprendiendo cosas para hacer de cada una de las mujeres una versión mejorada, donde a través del amor puedan sanar, perdonar, construir y deconstruir patrones de crianza para entender que el dolor es parte de la vida y que deben afrontarlo con coraje y valentía. Solo así podrán aportar a la construcción de un mejor país y a la construcción de paz.

Desde hace dos meses se encuentra viviendo transitoriamente en Chile, allí está realizando un intercambio de experiencias y desea conocer cómo es la realidad de las mujeres en este país. Martha actualmente se encuentra vinculada a la asociación Asodamas, ubicada en el Norte del Cauca, una asociación que trabaja en pro de mejorar la calidad de vida de las mujeres. En este momento están adelantando un proyecto que busca la mejora de las viviendas, una vivienda digna para las mujeres que hacen parte de la asociación, residentes en diferentes territorios.



Martha trabaja de la mano de organizaciones diversas, su trabajo en educación no solamente se hace por los niños y jóvenes, sino que está enfocado fuertemente en los adultos mayores, puesto que son una población vulnerable y olvidada. Para Martha las personas de la tercera edad son quienes transmiten el conocimiento que no se aprende en la academia, ellos y ellas transmiten los saberes de la vida, la experiencia y el amor.

Vivir en Chile le ha permitido abrir su mente y ver la vida desde otras perspectivas. Entiende que estar fuera de su país es difícil, pues es un desprendimiento de sus raíces, aunque también la motiva para ayudar a los demás y mientras pueda seguirá trabajando en pro de la vida y la defensa del territorio que tanto ama.

Da gracias a todas las mayores que han luchado y han dejado un legado por conservar. Sigue trenzando con otras mujeres y cree que desde la espiritualidad se puede trabajar para aliviar los dolores, llenar el corazón y los pensamientos con sentimientos de bienestar y de seguridad. A Martha lo que le preocupa, duele y desconsuela de ser lideresa es enfrentar amenazas e intimidaciones que le han obligado a salir del territorio para salvaguardar su vida y la de su familia. No ha sido nada fácil, pues ha tenido que ver la muerte de cerca por el trabajo que realiza. Para Martha no hay garantías para la defensa de la vida y del territorio, pero sigue en pie de lucha y resistencia, porque EL TERRITORIO ES LA VIDA Y LA VIDA NO SE VENDE, SE AMA Y SE DEFIENDE.

Cada día trabaja con más entusiasmo que el anterior para ayudar a otras mujeres a ser más empoderadas y más fuertes, para derrotar esas barreras que los hombres por medio de los gobiernos han construido. Ayuda a la unión de las mujeres para que un día sean ellas quienes gobiernen con el amor que tienen en el corazón, porque “nos unimos y avanzamos juntas”.



El patriarcado se va a caer

Esta es la historia de Martha Lucía Flor Dagua,
escrita por ella y adaptada por María Camila Franco Salazar.

Santander de Quilichao

“El nombre y en especial los apellidos, por eso de la carga genética, tienen mucho que ver con quién fuimos, quién somos y quién seremos. En mi caso no es la excepción. Ser Flor me garantizó fuerza física y un temperamento fuerte, el cual ayuda si de liderar procesos se trata, y ser Dagua aportó generosidad y empatía, otro ingrediente necesario para construir en comunidad”.

Las cualidades heredadas por sí solas no hablan de quién es Martha, hay otro ingrediente, igual en importancia, que determinó y marcó su rumbo, porque la liberó de antiguas ataduras. Ese es el feminismo, “sin este sería lo que el destino tenía guardado para mí: una mujer viviendo los sueños de otros y de otras”.

Nació en el campo hace 42 años, es hija de padre y madre campesinos, trabajadores y comprometidos con su familia. Desde muy pequeña soñaba qué clase de mujer quería ser y en esos sueños veía a una mujer segura de sí misma y en pleno control de su propia vida. Sin embargo, eso solo fue posible después de cumplir veinticuatro años, de antes no hay mucho que contar, solo que su vida era como la de la mayoría de mujeres y en especial de quienes habitan en el campo, en casa, maternando desde muy jóvenes y cumpliendo roles ya preestablecidos.



Creció sintiendo cierta angustia por el futuro, y es que miraba a su alrededor y no veía mujeres cuyas vidas quisieran vivir y le preocupaba que le sucediera lo mismo, “ser para complacer a otros, aun siendo consciente que tenía potencial para más”. Esto cambió en el año 2004, cuando la fuerza del destino la juntó con otras mujeres que se habían hecho las mismas preguntas y hacía tiempo habían encontrado la respuesta: el camino para encontrar la soberanía y la felicidad estaba en el hermanamiento con otras y en la lucha reivindicativa por sus derechos.

Aquella narrativa arribó de maestras provenientes de Cali, algunas de la Casa Cultural Tejiendo Sororidades y otras del Centro de Estudios de Género de la Universidad del Valle, quienes llegaron a Santander de Quilichao para orientar un proceso formativo dirigido a mujeres: la Escuela de Formación Política Feminismos y no Violencias.

“¡A ellas les debo tanto! Gracias Norma, Adalgiza, Nancy, Julieth, María Eugenia y gracias Yasnaia. Cuando las recuerdo siempre lo hago con gratitud y profundo afecto, transformaron mi vida, la llenaron de herramientas, argumentos y búsquedas que aún hoy me acompañan. A ellas les escuché decir por primera vez la palabra feminismo y explicar su profundo significado, con ellas me puse los lentes de género y gracias a ellos florecí”.

Con sus lentes de género bien puestos y acompañada de otras mujeres, fundaron uno de los primeros colectivos feministas del municipio de Santander de Quilichao, el colectivo Ofelia Uribe, que se llamó así en homenaje a esa mujer rebelde que luchó para que las mujeres tuvieran independencia económica, derecho al voto y a la educación. Con las Ofelias iniciaron las primeras acciones de incidencia política, que consistían en conmemorar las fechas emblemáticas para el movimiento social de mujeres, como el 25 de noviembre “Día Internacional de la Eliminación de las Violencias contra las Mujeres” y el 8 de marzo “Día Internacional de los Derechos de las Mujeres”.

Martha relata su primera acción en la calle, la del 8 de marzo. Recuerda que en el parque principal de Santander había un “machito” de los que tanto abundan, docente, además, quien al verlas pasar se giró y le dijo a su compañero “¡qué tal! son cinco gatas y dizque protestando”. Y sí, era cierto, eran cinco mujeres, pero con él estrenaron su capacidad de reacción/acción, haciendo honor al lema que les habían enseñado: “ninguna agresión sin reacción, ninguna reacción con violencia”.

Sus pitos sonaron ese día denunciando públicamente al saboteador, quien aprendió que cinco mujeres empoderadas hacen más ruido que mil que no lo están.

Así se estrenaron como activistas, hacían plantones para denunciar y visibilizar los casos de violencias, acompañaban a mujeres víctimas y participaban activamente en la formulación de los Planes de Desarrollo Municipales con el fin de lograr que se incluyera un capítulo de género. Sin embargo, un día las Ofelias se marchitaron, y no por falta de agua, sino porque quien era el motor del grupo se fue a vivir a Bogotá.

Pero no tardó en llegar otro espacio de incidencia, Martha continuó su caminar en la Fundación para el Empoderamiento de la Mujer (Empoderarte). En los primeros años se enfocaron en realizar acompañamiento a mujeres víctimas de violencia, pero fueron creciendo y encontrando a otras cómplices. Con ellas se sumaron nuevos temas a la agenda, como el fortalecimiento de la participación política de las mujeres, procesos autónomos de formación y la paz desde la mirada de las mujeres.

Como han apreciado, en la vida de Martha lo profesional, personal y colectivo se cruzan permanentemente. Martha afirma que las luchas han sido muchas y los logros también, todos acompañados de otros colectivos que le han dado sentido a lo que hacen. Por ejemplo, en el año 2016 lograron que se reconociera jurídicamente el primer feminicidio en el Cauca, pese a que en un inicio el crimen de Dayra Ximena había sido imputado como homicidio simple. Esa fue una batalla ardua que combinó litigio estratégico, protesta callejera, medios de comunicación, pero sobre todo la fuerza y persistencia de familiares y amigas/os motivados por lograr justicia. “Nos queremos vivas y poderosas para construir la paz, pero nos están matando” fue el lema que usaron en ese entonces y que desafortunadamente hoy continúa siendo una realidad. Al final, la condena para el feminicida fue de veintisiete años.

“Nos quedó un profundo vacío por dos vidas que el machismo apagó: la de ella, que tenía derecho a vivir, y la de él, que a sus veintitrés años terminó en una cárcel tan solo porque le tocó crecer en una sociedad que enseña a los hombres que las mujeres son de su propiedad y que si no son de ellos, no serán de nadie más...”

Nuestras luchas no son solo por nosotras, son también para que los hombres puedan crecer en una sociedad que les permita ser, sentir y amar en libertad”.

El caminar distintos procesos organizativos le ha permitido a Martha formarse y contribuir a que otras mujeres lo hagan también. Dichos procesos parten de reconocer los conocimientos y experiencias de las demás y de recorrer el territorio y evidenciar las dinámicas violentas y excluyentes de las que son víctimas las mujeres. Con lo anterior ha entendido que los espacios de incidencia se deben escalar de lo cotidiano, de la calle y la movilización a los espacios de toma de decisión.

Por ello, en el año 2018 junto con un grupo de amigas inquietas en el tema, conformaron la Red de Mujeres Políticas en Expansión. Este espacio busca principalmente fortalecer la incidencia y participación política de las mujeres en su región. Las actividades adelantadas le permitieron vivir de cerca los anhelos de muchas mujeres candidatas a alcaldías y concejos municipales, con ellas soñaron las posibles llegadas al poder para servir, construir y transformar el modelo actual de hacer política, que atenta contra el derecho a la vida. Y con ellas también conoció las innumerables barreras a las que se enfrentan las mujeres que desean ocupar un lugar en la política.

“Entre estas lograr el aval, pues la mayoría eran lideresas sociales, con experiencia de más de quince años. Sin embargo, eso para los partidos políticos no es atractivo, por el contrario, juega en su contra porque a los gamonales de turno poco o nada les conviene incluir en sus equipos a mujeres con formación política y criterio propio. Eso sin contar que para algunas/os dirigentes regionales de partidos políticos la venta de avales es uno de sus mejores negocios”.

Martha relata que otras barreras fueron los señalamientos por el comportamiento de familiares, por el físico de la candidata, por la edad, por su etnia, por sus amistades y amores y la que no puede faltar: la poca credibilidad en las capacidades de las mujeres para gobernar. Este asunto traspasa la maquinaria electoral e involucra a la sociedad.

“En el imaginario colectivo de esta sociedad machista a las mujeres nos ‘faltan pantalones’ para gobernar. Todas esas barreras e imaginarios continúan impidiendo que las mujeres logremos llegar en un porcentaje significativo a escenarios de poder y toma de decisión. La poca representatividad de mujeres en los espacios públicos y de toma de decisiones, especialmente los de elección por voto popular, marca la hoja de ruta de las apuestas futuras de quienes nos movilizamos en favor de nuestros derechos”.

Las constantes violencias que sufren las mujeres son prioridad para muchos colectivos en el Norte del Cauca, sin embargo, estas continúan y escalan cada día más y al respecto Martha menciona que la institucionalidad a cargo de hacer operativa la ruta de atención no logra articularse y parece ser que tampoco es un tema de su interés.

Si de agenda se trata, esta admirable lideresa nos lista varios de los temas que deben priorizarse:

- 1) El posicionamiento político de las mujeres en contra de las violencias.
- 2) La apuesta por la construcción de paz en los territorios.
- 3) La exigencia de la implementación del Acuerdo de Paz y la reactivación de la mesa con el ELN.
- 4) Tejer lazos políticos entre los diversos feminismos para hacer un frente común en contra de la avanzada de la ultraderecha a nivel mundial.
- 5) Las luchas por un mundo más justo en donde todas, todos y todes tengan igualdad de oportunidades.

Y cómo no aprovechar este espacio para contarles sobre otro proyecto que lidera Martha: Mangata de Diosas, pensada como la iniciativa de empoderamiento económico de la Fundación Empoderarte. Esta nace como respuesta a la necesidad de contribuir desde la fundación al fortalecimiento de las economías de las mujeres que hacen parte de sus procesos. “Nuestro mayor sueño es tejer conjuntamente nuevas formas de autonomía económica que nos permitan consolidar la gestión y acción social desde nuestras propias autonomías”. Mangata de Diosas articula la mística y la sororidad entre las mujeres para afianzar las capacidades de autocuidado y de resiliencia, a través de la elaboración y venta de productos artesanales con base en plantas medicinales, aceites esenciales y cristales usados ancestralmente por mujeres sanadoras.

Martha recién terminó un diplomado en formulación y gestión de proyectos económicos productivos y con las herramientas adquiridas busca aportar a la consolidación de una red en clave de economía feminista. También se encuentra terminando una especialización en Métodos y Técnicas de Investigación de las Ciencias Sociales, con la que pretende avanzar en temas de investigación comunitaria feminista.

Además, menciona que desde su rol como coordinadora de incidencia política y de comunicaciones de Empoderarte, acompaña las acciones del proyecto Mujeres a la Par, Reinventando Economías y del Fondo Rotatorio Solidario, que brinda apoyo a mujeres emprendedoras del Norte del Cauca. Adicionalmente, lidera actividades para el periódico de la fundación y se encuentra apoyando la implementación de una estrategia para el fortalecimiento de la participación política de las mujeres y de la población LGTBIQ+ en Santander de Quilichao.

Por último, permanentemente está tejiendo los lazos de amistad y sororidad para mantener esas acciones en clave de red en el Norte del Cauca, lo cual les ha permitido como organización de mujeres mantener su fuerza y posicionar su voz. Para cerrar, Martha destaca que lograr la paridad es otro horizonte de lo colectivo que comparte con otras compañeras en regiones de todo el país.

“Es momento de dejar de ser tan solo una cuota y ocupar los espacios de decisión en igualdad. Ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven, el patriarcado se va a caer, se va a caer”.

Mary, una mujer que brilla con luz propia

Esta es la historia de Mariluz Rodríguez Dussán,
escrita por María Fernanda Delgado.

Caloto

Mariluz Rodríguez nació en una vereda de Andalucía, Valle, llamada Prado Alto. En su infancia vivió con sus cuatro hermanos y sus padres en una pequeña casa rural, a la que llamaban “la casita”, integrada por dos cuartos y una cocina. Cuando cumplió doce años empezó a sentir la necesidad de tener un espacio para ella sola, por lo que empezó a hacerse su propio cuarto, momento que recuerda como el inicio de un proceso de liderarse a ella misma y saber cuáles eran sus mínimos y necesidades.

En ese mismo año inició una relación con un chico y cuando ella cumplió dieciséis años decidieron casarse. Sin embargo, en medio de la convivencia con él sufrió violencia doméstica, a pesar de los consejos de su padre, que siempre le decía que se cuidara y que no se dejara maltratar. Además de la violencia física, también sufría violencia psicológica, pues su esposo tomaba decisiones por ella e incluso le prohibía planificar. De esta relación tuvo a sus dos primeros hijos, que se convertirían en sus compañeros de vida.

Un día, al verse nuevamente violentada físicamente, ella decide irse de su casa con sus dos hijos. Trató de volver a la casa de sus padres, pero no la recibieron. Mariluz relata que no sabía ningún oficio y solo había cursado hasta segundo de primaria, por lo que, al ver su situación, dejó a sus hijos con su exesposo y viajó a Cali a trabajar, buscando estabilizarse para poder llevar a sus hijos con ella.

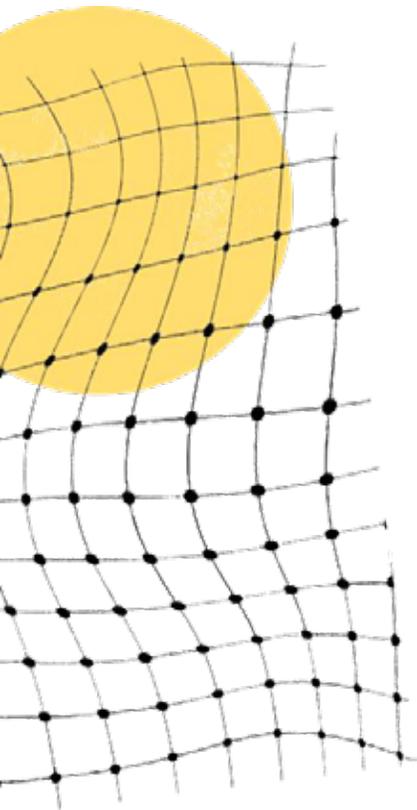


La situación que vivió en Cali fue bastante complicada, pues llegó a vivir a una casa de recicladores; sus únicas pertenencias eran una sábana, dos pantalones, cuatro camisetas y una toalla que también le servía de cobija. Esa situación se mantuvo por un mes, hasta que consiguió trabajo en un estudio fotográfico, sin embargo, no tenía ningún tipo de formación académica y esto complicó la búsqueda de otro trabajo que le brindara una estabilidad económica. A pesar de la situación, Mariluz seguía luchando por seguir adelante, por esa razón vendía dulces en los buses y empanadas en los parques de la ciudad de Cali.

Después de trabajar fuerte, logró conseguir un apartamento en arriendo y decidió volver por sus hijos, pero su exesposo se negó a entregárselos y le pidió que se despidiera de ellos para siempre. Ella volvió desconsolada a Cali en busca de ayuda y le ofreció a un señor que la cortejaba vivir con él si le ayudaba a recuperar a sus hijos. En medio de su desesperación, ella hasta planeó una estrategia con el fin de tenerlos de nuevo con ella.

Una noche volvió a Andalucía y encontró que sus hijos estaban solos en la casa, por lo que aprovechó y se los llevó solo con la pijama que tenían puesta. Mary viajó a Puerto Tejada con ellos, donde pasaron muchas dificultades, porque a pesar de que tenía familia, no existía un vínculo muy cercano con esta y en su estadía la situación era muy incómoda para todos.

Cuando tenía veintiún años, conoció a un hombre que le brindó su apoyo y decidieron formar una familia; producto de este vínculo Mariluz tuvo a su tercer hijo, llamado Roberto Rosario. Su nueva pareja no solo le brindó la posibilidad de tener un hogar para su último hijo, sino también para los dos primeros. Describe que es un buen compañero, un buen amigo, padre y padrastro. Tiempo después, al ver que uno de sus hijos, que estaba en el colegio, le preguntaba cosas que ella no sabía, decidió retomar sus estudios y terminarlos. Esto reconociendo también la necesidad de estar preparada académicamente, por ella misma y para aportar a las necesidades del territorio, donde las mujeres deben jugar un papel muy importante.





Cuando Mariluz terminó de cursar su bachillerato ya tenía tres hijos: de diez, ocho y cuatro años. Ella quería iniciar sus estudios universitarios, sin embargo, ese mismo año asesinaron a su hermana y a su cuñado en menos de una semana, lo que significó un gran cambio en sus planes de vida, pues debió hacerse cargo de sus sobrinas, que para entonces tenían nueve, ocho y tres años. Mary cuenta que en principio fue muy difícil que las niñas se acoplaran a ella y a su familia y viceversa, debido a que chocaron las pedagogías de crianza que llevaban ella con sus hijos y su hermana con sus sobrinas. Esto representó el gran reto de articular dos familias, ya que se rehusó a separar a sus sobrinas para no generarles mayores daños psicológicos de los que ya habían sufrido con la muerte de sus padres. Esta situación demandó mucha fortaleza, resistencia y capacidad de gestión de Mariluz.

Las malas noticias siguieron llegando, pues sus padres y sus hermanos, víctimas del conflicto armado, tuvieron que desplazarse de manera forzada y llegar a casa de Mary. Bajo el mismo techo estaban ella, su esposo, sus hijos, sus sobrinas, sus padres y sus hermanos. Todos vivieron momentos muy difíciles, pues cada vez era más duro conseguir las tres comidas para esa cantidad de personas.

Con los años trasladaron a su esposo de trabajo, por ello se fue de Prado Alto para Yumbo, donde comenzó a construir su hogar. Después, con el fin de mantener junta a toda su familia, se mudó de nuevo a una zona rural del Norte del Cauca en donde aún reside, en el municipio de Caloto. Mary relata la ilusión que tenía de tener una casa propia, sin embargo, era consciente de que en Yumbo no iba a cumplir su meta, y por ello decidió viajar con su familia hasta ese lugar.

En Caloto, y a pesar de sus esfuerzos, terminó su relación con su esposo, episodio que, junto con el cambio de ciudad y la renuncia a sus sueños en Yumbo por irse con su familia, la llevó a una fuerte depresión de la que solo pudo salir apoyándose en el ánimo que le brindaba ayudar a la comunidad a través de su liderazgo, algo que la había caracterizado desde muy joven.

Mariluz relata que su liderazgo viene desde el año 2008 cuando participaba en la escuela de padres, sin embargo, su vocación de ayudar a los demás es una cualidad de su personalidad desde niña. Es una mujer que sigue brillando entre las dificultades de la vida y realiza cada labor con una carga de amor y optimismo adicional, con el sueño de construir y transformar su territorio con cada acción social.

Ella es artesana desde los diecisiete años, hace bisutería con la cáscara de la naranja y gracias a esas artesanías pudo viajar por todo el Norte del Cauca. Además, fue profesora, perteneció a la Junta de Acción Comunal, es conciliadora en equidad y tiene una vida política muy activa. Mary siguió con sus artesanías, pero las dinámicas de ventas artesanales en los espacios de promoción gestionados por el municipio eran muy desordenadas, sin embargo, en dichos espacios conoció a mucha gente e hizo muchos contactos, lo que le permitió entrar al Consejo de Cultura del municipio en el año 2013 y ahí reforzó su caminar como lideresa.

Asimismo, en 2016 constituyó legalmente Jacaranda Mujer, una asociación que nació a partir de las artesanías, pero también desde un sentir de empatía con las mujeres y el querer desarrollar un proyecto con enfoque de género dentro del territorio. Actualmente, Jacaranda tiene veinte mujeres socias y beneficia a entre cincuenta y cien mujeres más; es una asociación inclusiva, pues de ella hacen parte mujeres indígenas, campesinas, urbanas y afros.



Hoy por hoy, Mariluz hace parte de la Red de Mujeres del Norte del Cauca, es aliada de la Ruta Pacífica y participa activamente en movilizaciones y proyectos desde donde se brinda acompañamiento psicológico a mujeres y talleres de autocuidado. Además, hace parte de la Comisión de Convivencia y Conciliación de la Federación Comunal del Cauca, desde donde se orientan las acciones comunales de la región. Estuvo vinculada a procesos como ASOM, Fedecomunal, Corporación Comunitaria, Mujeres a la Par, Mujeres Reinventado Economías, Nosotras Ahora y Corporación Ensayos. Actualmente hace parte del Comité de Mazorcas de Maíz, es vicepresidenta de Asocomunal de Caloto y también ha acompañado al programa jurídico y de mujer del Resguardo Indígena.

Es una mujer muy trabajadora, luchadora, positiva, auténtica, valiente, franca, emprendedora, trabajadora e impulsiva, como ella misma se denomina. Después de contar su historia de vida y ver todo lo que ha superado ella, su familia y su municipio, reconoce el gran trabajo que ha hecho y es consciente de que con su trabajo “la saca del estadio” todos los días. Es una mujer que ha cumplido con su deber como madre, hija, tía, hermana, amiga, vecina y compañera. Es una soñadora que sigue abriendo caminos para transformar su territorio y enseñarles a las nuevas generaciones el respeto, la admiración y el reconocimiento por la labor que realizan las mujeres día tras día, desde sus casas hasta en los espacios de toma de decisiones.

Mariluz ha logrado un reconocimiento dentro de la comunidad y su territorio, y es por esa razón que otras lideresas buscan su apoyo y orientación para los procesos que adelantan. Además, apoya a las Juntas de Acción Comunal del municipio en la presentación de proyectos para bajar recursos al territorio.



Mil vidas consagradas a la comunidad, a la sombra de un liderazgo poco reconocido

Esta es la historia de Nelly Pavi Trochez, escrita por María Camila Franco Salazar.

Caloto



“Jueperra, si la gente entendiera que no vale la pena apostarle a la guerra” fue una de las frases que entre lágrimas pronunció Nelly, una indígena Nasa de cincuenta años, oriunda de Toribío, aunque actualmente vive en Caloto con su familia.

Actualmente Nelly está en el cargo de asuntos femeninos de Asocomunal, es integrante del Comité de Impulso de la Resolución 1325 y la agenda Mujeres, Paz y Seguridad (MPS); participa en la Escuela Juntos por la Transparencia y en las organizaciones Empoderarte, REDMUNORCA y REDEMUC. Es técnica en Investigación Judicial y se declara aficionada a la lectura. Su formación comunitaria inició en el Movimiento Pre-Juvenil que dirigió el padre Álvaro Ulcué y ha participado en múltiples espacios, como la asociación de padres de familia, la Junta de Acción Comunal, la escuela Mujeres Hilando Territorio, diplomados de derechos humanos y procesos de formación en organizaciones comunales, para el fortalecimiento de la participación política de las mujeres y el mejoramiento de capacidades en mediación, conciliación y técnicas de resolución de conflictos en varios municipios del Norte del Cauca. Uno de sus últimos empleos fue con la Corporación Ensayos, apoyando el proyecto “Fortalecimiento de la capacidad de las mujeres para formular propuestas de soberanía alimentaria”.

Ha jugado un papel protagónico en las Juntas de Acción Comunal, con una trayectoria de más de quince años en estos espacios. Nelly ingresó a la Junta de Acción Comunal de Toribío en el año 2000, en 2003 fue nombrada secretaria y después de esto ocupó diferentes cargos.

Nelly vivió en carne propia las secuelas del conflicto armado en Toribío, siendo testiga del continuum de la violencia ocurrida en este territorio entre los años 2000 y 2014. Esto fue lo que la obligó a desplazarse a Caloto junto a su familia y generó múltiples afectaciones en su salud mental, emocional y física.

En el año 2000 cuando Nelly vivía cerca a la estación de policía, vivenció los primeros ataques con los cilindros bombas, “una cosa horrible, alcanzamos a salir con parte de mi familia a resguardarnos”. Lo hicieron junto a otras personas, en el sótano de una casa, de donde volvieron a salir al escuchar la voz del padre del pueblo, quien con un megáfono y una bandera blanca pedía respaldo a la comunidad para socorrer a los policías que estaban atrapados en la edificación.

“Fue impresionante, se veían solo los deditos, nosotros hicimos como un muro humano y luego fuimos a la plaza a hablar con la guerrilla [FARC-EP], a pedir que nos dejaran ayudarlos, que cesaran el fuego y que no se los llevaran”.

Cuando estaban llevando a los heridos a la casa cural, apareció un helicóptero del Ejército disparando a diestra y siniestra, lo que obligó a que la población se refugiara de nuevo. En este año el Gobierno decidió retirar del municipio a la fuerza pública.

Cuenta que en el año 2001 hubo muchos hostigamientos, la guerrilla citaba a reuniones todo el tiempo y quien no fuera tenía sanciones. Era mucha la presión, les decían “aquí nadie entra, nadie sale”, la comunidad se encerraba en sus casas desde las seis de la tarde.

En 2003 regresa la policía, “ese año fue bala porque sí, porque no, por si las moscas, no hubo un día que no hubiera un hostigamiento” y un día en medio de una balacera Nelly escuchó gritos de una vecina pidiendo ayuda. Cuando salió observó a un policía herido, de unos dieciocho años.

“Estaba muy pálido, tirado en el piso, entre las dos lo agarramos, lo desvestimos rápidamente, porque según los protocolos una persona es civil cuando se le quita todo su armamento y vestidura, entonces dejamos al joven en ropa interior y vimos que tenía un orificio de bala en el pecho. Llegaron unas personas y se lo llevaron a un hospital y al momentico cae otro policía, hicimos lo mismo, lo desvestimos, pero yo ya estaba muy choqueada, menos mal llegó un paramédico a atenderlo y a prestarle los primeros auxilios, sin embargo, había que trasladarlo al hospital y yo tomé la iniciativa como un acto humanitario. Nos fuimos en una camioneta y eso era bala por todo lado, casi nos vamos por un abismo, y cuando entregué al muchacho yo me desplomé, me dio vómito, lloré mucho. De regreso a mi casa sentí mucho miedo y angustia, pensé todo el camino: esa gente me identificó, me van a hacer algo, y mis hijas tan pequeñas”.

En 2004, llega una fuerza pública diferente “fumaban vicio, eran groseros con la comunidad ... los que habían cometido actos de robo, corrupción, todo aquel que había hecho una embarrada [en la policía o el Ejército] lo enviaban a Toribío, porque Toribío se consideraba una zona de castigo”. Nelly afirma que en ese año no tuvieron ningún evento con la guerrilla, sino que era la fuerza pública los que violentaban a la población, “se emborrachaban y consumían sustancias psicoactivas, hacían ráfagas, robaban, violaban”.

En el año 2005 la fuerza pública construye trincheras por todo el pueblo y empiezan a aparecer amenazas de la guerrilla de una toma, incluso se emitieron alertas. Y así fue, llegó el día, iniciaron con disparos y un megáfono pidiendo la rendición de la fuerza pública y luego con el lanzamiento de los cilindros bomba.

“Yo agarré a mis hijas y las resguardé en la casa, luego llegaron unos vecinos, eran unas veinte personas. Colocamos mantas en las ventanas tratando de cubrirnos de las balas, en un momento siento que toco algo caliente, con la contextura de una crema, una masa entre café y rojo. Yo no quería girar, pero cuando lo hago era un niño de unos nueve añitos que tenía un agujero en la frente, el contenido de su cráneo estaba por fuera, su mamá lo sostenía, gritaba y estaba bañada en sangre.

Se desató el caos, la gente gritaba y lloraba y mis hijas me decían ‘mamá, pídanles perdón, díganles que no nos maten’”.

Nelly menciona que los ataques constantes duraron casi quince días y posterior a eso ayudó con la reconstrucción de algunas casas del casco urbano. Ella también relata un inconveniente que vivió en el 2006, a raíz de una reunión que organizó junto con otras mujeres para tratar de dar solución a los múltiples hostigamientos.

“Estábamos cansadas de los diferentes hostigamientos, las balas iban y venían de las veredas al casco urbano, entonces nosotras buscamos un punto de reunión neutral, que fue la iglesia, y ahí citamos a la gente para tomar decisiones. Tuvo muy buena acogida, pero cuando íbamos a iniciar la reunión nos mandan un papelito que dice que el Cabildo nos va a juetear por haber alborotado al pueblo, pero yo dije: hijuemadre, untada la mano, untado el codo, ya toca hacerle. Yo al final de la reunión le conté a los asistentes sobre el papelito. También recuerdo que después de salir me desmayé, fue mucha la presión”.

En los recuerdos de Nelly hay un bache entre 2007 y 2009, pues como resultado del impacto de todo lo vivido, su memoria quedó en blanco.

Continuando, en el año 2010 entran las fuerzas especiales y por seis meses tuvieron una tranquilidad tensa. Recuerda que la chiva bomba fue en el 2011, las personas estaban en máxima alerta y el nerviosismo se había apoderado de la población. De todas formas, no lo vieron venir, nunca se imaginaron que las FARC usaría una chiva, una bomba camuflada en una cantidad de guineos en un día de mercado. Este artefacto dejó más de cien heridos. En el momento de la explosión Nelly se encontraba en su casa. “Pasado el suceso, empezamos como siempre a ayudar y organizar los censos de las viviendas afectadas, heridos, etc”. Al suceso de la chiva se sumó otro detonante: el asesinato de Alfredo Ríos, un líder en el casco urbano que hacía parte de la Junta.

Después de todas estas situaciones, la vida de Nelly se partió en dos, “mi cuerpo no reaccionaba igual, yo contestaba como ida, contestaba de formas que normalmente no usaría, como ‘a mí no me importa’, ‘de malas’”. Las personas cercanas a Nelly sorprendidas por su actitud y llanto constante, buscaron ayuda profesional, primero con un psicólogo de Bienestar Familiar, quien le recomendó salir de Toribío; después, a través de la IPS de la ACIN, donde había un grupo de apoyo conformado por tres profesionales de una ONG de Bogotá y otras personas que estaban pasando por lo mismo que ella.

Nelly relata que mientras contaba su historia en ese grupo de apoyo, entró en llanto y dijo que a ella no le importaba nada. Solo recuerda que en ese instante la separan del grupo, la envuelven en una manta y la canalizan. Le indicaron de nuevo que debía salir de Toribío, pero no sucedió. Los profesionales le explicaron que su estado de salud era debido a tantos eventos que había vivido, los cuales hicieron que su cuerpo colapsara. Luego de transcurrido un año, decidió iniciar terapia, estuvo al menos un año más en recuperación y en 2014 se trasladó a Caloto para continuar su vida.

Entre risas, Nelly narra: “en Caloto estuve quieta por un tiempo, hasta que dijeron que había unas elecciones de la Junta y me dije ‘ahí tengo que estar’”. En 2016 ingresa a la Junta de Caloto y en 2017, junto con varias compañeras participan en el diseño de la política pública de las mujeres en el municipio. “Ahora me doy cuenta que salir de mi pueblo fue maravilloso porque conocí, pude estudiar, supe lo que es caminar con las mujeres”. Sin embargo, el trauma que había vivido de alguna forma limitó su ejercicio como lideresa.

En el año 2018 se inscribió para participar por un cargo al Concejo, sin saber que ya se tenían asignados esos cargos, a pesar de que son de elección popular y de que no se habían desarrollado las elecciones. Ella decide renunciar, pues las condiciones no eran iguales. “se requerían mujeres para llenar los listados”. A esto se sumaba que a veces la política se reduce a cuestionar los propios principios y a tener maquinaria política. Incluso, en algunas ocasiones le prometieron cosas por apoyar candidatos y no le cumplieron, “ahí fue cuando empecé a darme cuenta que la política no es lo que yo había visto”.

“Nunca fui la misma, al principio era muy difícil comunicarme, no era capaz de dirigirme a otras personas con la fluidez usual e incluso cuando escuchaba que se cerraba una puerta duro o se caía la tapa de una olla para mí era terrible, me afectaba mucho, yo me imaginaba los artefactos”.



“Esta gente es tremenda, si uno no hace lo que ellos quieren, te amenazan o terminas perdiendo la vida. Uno los ve en la calle, pero no se imagina que sean así, yo siempre creí que solo la guerrilla era la que hacía daño, o en mi caso también la policía y el Ejército, yo nunca me imaginé que los actores políticos eran capaces de pagar para quitarle la vida a alguien, de asesinar líderes o tocar a las mujeres”.

Para cerrar, Nelly manifiesta que el rol de la mujer aún es menospreciado en el Norte del Cauca. Agrega que actualmente está participando del proyecto Reinventando Economías, con el que pretende impulsar su emprendimiento de accesorios de cuarzo, inspirada en la espiritualidad de la mujer, la cual puede ser representada a través de joyas como esta. Sin embargo, resalta que el significado de esta actividad radica en los aportes a su proceso de sanación interior: “a mí me han ayudado a sanar, han sido protectoras”.

